

## AGRADECIMIENTO A ESPERANZA GUISÁN

CARLOS MELLIZO

*Universidad de Wyoming*

Cuando salí de Madrid en el otoño de 1968 para ocupar un puesto de profesor de literatura española en la Universidad de Wyoming, decía adiós a una posible carrera académica en el campo de la filosofía. Tras cursar las asignaturas de “comunes” y de “especialidad” en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, y con los cursillos de doctorado recién aprobados, tomé el avión que me traería al lugar de Estados Unidos en el que he residido por más de cuarenta años. En 1970 volví a España para defender una tesis doctoral sobre David Hume. Mi tesis era modesta, pero tenía por lo menos la virtud de ser la primera acerca de Hume que se presentaba ante un tribunal de Madrid en muchos, muchos años.

La circunstancia de tener en mis manos el tan perseguido *Doctorado en Filosofía y Letras (Sección Filosofía)* no supuso un cambio inmediato en mis obligaciones docentes. Éstas siguieron siendo las de profesor de literatura española, función que siempre me gustó asumir y que ha sido uno de mis intereses principales. Continué, pues, dictando cursos de novela, poesía y ensayo peninsulares, y hasta probé suerte como autor de narraciones cortas que fueron publicándose en revistas de España y América. Pero junto a esa actividad literaria quise también mantener viva la filosófica, siquiera como autor de artículos y como traductor de obras clásicas del pensamiento británico que, o todavía no eran asequibles al público de habla hispana, o lo eran en versiones que yo estimaba mejorables. Fué la editorial Aguilar, gracias a la generosidad de Arturo del Hoyo, la que primero publicó traducciones mías, cuando los libros de la “Biblioteca de Iniciación Filosófica” se imprimían en Buenos Aires. Algo más tarde, con la ayuda de Manuel Andújar, regresado a España tras largos años de exilio político y fundador de la serie “El Libro de Bolsillo”, aparecieron mis iniciales trabajos en Alianza Editorial. A éstos siguieron

otros, lo que me ayudó a estar de algún modo presente en el ámbito de la filosofía hispánica residiendo en el lejano Wyoming. Siempre estaré profundamente agradecido a todos los editores españoles con los que he colaborado a lo largo de este tiempo.

Y es así como Esperanza Guisán, desde su cátedra en la Universidad de Santiago, y su entonces joven colaborador José Luis Tasset, supieron de mi existencia y decidieron abrirme gentilmente las puertas de la *S. I. E. U.* Ésta quiere ser, en primer lugar, una nota de agradecimiento a Esperanza y a José Luis por su *simpática* y desinteresada acogida, y por la sincera cordialidad que, gracias a ellos, se nos dispensó desde el primer momento a mi mujer y a mí en los círculos del utilitarismo iberoamericano. Ante el riesgo de olvidar ahora a alguno de los amigos filósofos que he tenido el honor de conocer personalmente a través de la *Sociedad*, prefiero no dar aquí ningún nombre. Tanto Esther como yo tenemos por todos ellos el mayor afecto y respeto, quedando a su disposición para cualquier cosa que esté de nuestra mano.

Pero hay algo más.

Uno de los mayores premios que recibe el lector de los escritos biográficos sobre John Stuart Mill es el de tener contacto con los que fueron sus amigos y conocidos; con personas a las que Mill hubo de tratar a lo largo de su vida y que supieron apreciar la seriedad de sus labores y la dignidad de su persona. Es el altísimo nivel de sensibilidad y gusto en que se mueven estas gentes —hoy total o casi totalmente desconocidas de la inmensa mayoría— lo que sorprende y edifica. Y envidiamos la delicadeza y exactitud de sus elogios al maestro, elogios que nunca caen en el vano panegírico y que nos dan una imagen adecuada de la que fue misión de Mill como pensador y reformista. Así quisiera yo que se entendieran estas adicionales y brevísimas palabras de reconocimiento a Esperanza Guisán, sin duda una de esas mentes que surgen de cuando en cuando para estimular a su generación con nuevos impulsos en las faenas del pensamiento. De ella puede decirse, como se dijo de Mill, que ha influido en sus compatriotas, ya sean éstos reconocidos discípulos, o declarados oponentes suyos que, si no han aceptado su manera de pensar, se han visto determinados por ella al tratar de cuestiones en las que *tenían* que pensar.

En muchos aspectos, Esperanza ha estado marcada por lo inglés y ha prolongado en España un estilo de filosofar más alejado de la tradición “continental” de lo que ha solido ser costumbre entre los nuestros. Hablo de esa modalidad de pensamiento que tiende a subordi-

nar la imaginación a la observación, y que basa el conocimiento en la experiencia, y los criterios de conducta en la utilidad. De Esperanza Guisán puede afirmarse que, a la manera milleana, la fuerza de su pensamiento radica en un apasionado interés por la mejora del género humano, *prestando al mismo tiempo una razonada atención a la ley de sus condiciones*. De entre los muchos puntos que cabría subrayar como fundamentales en su manera de ver las cosas, aquí sólo voy a fijarme en uno que está íntimamente vinculado a ese apasionado interés de mejora, y en el que nunca cabría insistir lo suficiente. En su defensa cualificada de una ética de normas, Esperanza Guisán ha denunciado con firmeza los peligros de suplantar la racionalidad en el discurso ético, por lo arbitrario y lo irracional. Cuando esto ocurre, el rechazo de las morales dogmáticas (originalmente justificado) puede degenerar en un amoralismo devastador de consecuencias desastrosas para todos. Frente a esa amenaza, Esperanza Guisán considera factible encontrar un método racional que nos permita dar con “*motivos para aceptar normas morales que no sean, simplemente, la ciega obediencia a un dios, a un soberano o a un líder*”. No cabe aceptar la tiranía, sea ésta del tipo que fuere. Pero negar toda normatividad es degenerar en el estado natural hobbesiano. Individualismo y libertad no son valores bien entendidos si lo que se predica con ellos es indiferencia o desinterés por el bienestar común. Sólo prestando atención a los demás “es posible conseguir una sociedad profundamente solidaria, profundamente democrática”.

El imperativo de la norma no es sólo aplicable al comportamiento del individuo; también lo es a la conducta colectiva. Como Mill nos advierte en sus consideraciones sobre el sistema democrático, la misión educativa del gobierno ha de tener como objeto controlar las tendencias naturales del régimen popular. No hay en la obra milleana, como tampoco en la de Esperanza Guisán, pasajes más severos y memorables que los que nos ponen en guardia frente a los excesos de la barbarie populista. El aviso contra el síndrome hiperdemocrático fue para Mill una dolorosa obligación, necesaria frente al crecimiento progresivo de la uniformidad social —encomiable, por otra parte, en tantos de sus aspectos— y del poder, a veces devastador, de la opinión pública. Éstos eran los factores negativos del nuevo régimen, y Mill fue uno de los primeros en denunciarlos. Se hacía preciso controlar el yugo esclavizador de las mayorías no suficientemente educadas. Sin ese control sería imposible la organización civil, porque los excesos de la participación destruirían todo intento de convivencia.

Si este propósito es meta última y fundamental que merece alcanzarse, es que también merece que se pague el precio necesario por conseguirla.

El empeño civilizador es el valor máximo que dirige los escritos políticos de Mill y de Guisán. A la luz de esa prioridad es como han de entenderse sus reflexiones sobre la democracia verdadera. Las palabras de Esperanza Guisán que encontramos en las páginas finales de su *Ética sin religión* y con las que cierro esta nota de agradecimiento, merecerán ser siempre recordadas:

“[...] Es hora de terminar con el mito contemporáneo, totalmente demagógico, de que las *mayorías* siempre tienen razón. Es cierto, me apresuro a añadir, que en ausencia de observadores generalmente imparciales, ilustrados y libres, que nunca vamos a tener, recurrir a la opinión de la *mayoría* es lo menos malo que podemos hacer. Pero para que el recurso a la mayoría sea óptimo tendremos que conseguir que se trate [...] de una mayoría *ilustrada*, imparcial, libre y con capacidad de simpatía y solidaridad.”

Carlos Mellizo  
Profesor Emérito  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Wyoming  
e-mail: Hume@uwyo.edu